

acompañase en el paseo. Recibió la Santa el recado; pero contemplando que de aquella honra la podría resultar alguna ocasion de vanidad, y superior por otra parte á todas las grandezas del mundo, mandó decir á la reina que para encomendar á Dios á S. M. mejor estaba en su celda. Esta respuesta llena de heroismo fué muy del agrado de aquella reina católica, y aumentó prodigiosamente la fama de la virgen María Ana.

Ya no la quedaba á esta sierva de Dios cosa que apetecer en esta vida. Sus virtudes habian llegado al mas sublime grado de perfeccion. Jesucristo la regalaba frecuentemente con admirables raptos en que la daba á probar el inefable tesoro de sus divinas dulzuras, principalmente cuando contemplaba en el sacramento de la Eucaristía, en la pasion de Jesucristo y en las gracias de su santísima Madre, de quien fué muy devota. Además estaba singularmente adornada con todos los dones del Espíritu Santo, particularmente con el don de milagros y de profecía, en que fué portentosa y admirable. Dispuesta esta bendita esposa de Jesucristo con todos los adornos y atavíos de la gracia, se hallaba pronta para entrar á las bodas eternas. En efecto, jueves 11 de abril de 1624, la acometió un terrible dolor de costado, que á pocos dias la quitó la vida. En el discurso de esta enfermedad recibió algunas veces la sagrada comunión, con cuya medicina se templaban las ansias y congojas que la hacian padecer su mortal dolencia. Luego que se divulgó en la corte el peligro en que estaba, concurrieron á visitarla los grandes de España, señores y señoras de la primera nobleza, y á tener el consuelo de recibir su bendicion y oír sus últimas palabras. Hasta la católica reina D.^a Isabel de Borbon envió á D.^a Juana Zapata para que en su nombre la hiciese una visita, y la pidiese su bendicion. Finalmente, habiendo recibido los santos sacramentos con gran devocion y ternura, y exhortando á todos los concurrentes al amor de Dios y del prójimo, arrimando al pecho un crucifijo que tenia en la mano, quedó trasportada en sus brazos en un deliquio amoroso, que tal fué para ella la muerte. Sucedió ésta miércoles 17 de abril del año referido, siendo la sierva de Dios de edad de cincuenta y nueve años. Su rostro quedó hermosísimo, los ojos entreabiertos, la boca risueña, rosadas las mejillas, y toda ella manifestando la gloria de que ya gozaba. Difundióse un suavísimo olor por todo el convento, y un triste llanto en el pueblo cristiano, que lloraba á su madre, á su maestra, á su protectora y á todo su consuelo.

Al dia siguiente presentaron su sagrado cadáver en un túmulo magnífico que se construyó en medio de la capilla mayor de

la iglesia de Sta. Bárbara. El concurso de gentes de toda clase y condicion que concurrieron á venerarla fué tan grande, que no cabiendo en las calles y plazas tuvieron que salirse al campo. Unos tocaban medallas, otros rosarios y coronas; y Dios premió la fe de todos con algunos prodigios que acreditaron la santidad de su sierva. El mayor de todos fué, que habiendo concurrido al sábado siguiente infinitas personas á ver el cadáver de la santa virgen, y hallando que ya le habian enterrado, súbitamente se apoderó del corazon de todos un dolor de sus pecados que manifestaron ser verdadero, confesando y comulgando en aquella iglesia. El papa Clemente XIII, habiéndose formado antes el proceso, segun costumbre, declaró haber tenido la beata María Ana las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. Este decreto se dió dia 9 de agosto de 1761; y en el dia 18 de enero de 1783 nuestro santísimo padre Pio VI decretó que todos los fieles cristianos pudiesen dar culto público y manifiesto á la venerable sierva de Dios María Ana de Jesus como á bienaventurada.

SANTA POTENCIANA, VIRGEN Y MÁRTIR.

AUNQUE de Sta. Potenciana, cuya memoria se celebra en el Obispado de Jaen, no se ha podido adquirir noticia cierta de su patria, como ni de su admirable vida, á pesar de las mas esquisitas diligencias que se han hecho en su busca, con todo nos consta de su culto inmemorial en el territorio de Andujar, y el descubrimiento de sus venerables reliquias en tiempo que el ilustrísimo señor D. Baltasar de Moscoso y Sandobal se hallaba obispo de Jaen. Supo este eminente prelado, que en una ermita intitulada de los Santos en las riberas del rio Guadalquivir, media legua distante del sitio en que aparecen las ruinas de la antigua liturgi ó Andujar la vieja, habia un sepulcro en forma de túmulo algo elevado de la tierra, en el que estaban escritas unas letras que decian: *Aquí yace el cuerpo de Sta. Potenciana*, la que era tenida en tanta veneracion entre aquellos naturales, que de todas partes concurrían á implorar el patrocinio de la Santa por medio de sus religiosos votos, y de sus fervorosas oraciones. Quiso inspeccionar por sí mismo lo contenido en aquel sepulcro, y mandándole abrir, halló en él los huesos íntegros de un cuerpo humano, que despidieron al tiempo de la apertura una fragancia esquisita, que consoló á los circunstantes, indicio nada equívoco de la santidad del alma de quien eran aquellas venerables reliquias. Reconoció además su ilustrísima la an-

tigua pintura de Sta. Potenciana entre las de S. Bartolomé y san Ildefonso, compatronos de la misma ermita, con otras antiquísimas que hay en Andujar; en las que están pintadas la Santa con insignias de mártir, á la siniestra S. Eufasio vestido de pontifical, ambos en ademan de sostener aquella ciudad como patronos y titulares suyos, como lo espresan unos versos latinos que se hallan en la parte inferior de la misma pintura, sobre la que se leen unas letras que dicen: *Año 43 de la Natividad del Señor vivió S. Eufasio mártir, apostólico obispo de Iliguri, colega de la santísima Potenciana.*

Hizo el piadoso obispo informacion judicial sobre el culto inmemorial tributado á la Santa, sobre la pia afeccion que la profesaban todos los pueblos de la comarca, y sobre los muchos milagros que por su intercesion habia obrado el Señor en favor de los que concurrieron á visitar su sepulcro; y en vista de todo, mandó en el dia 11 de mayo del año 1636, que se incluyesen las venerables reliquias en una preciosa urna, la cual se colocó en la capilla que hizo labrar á sus espensas en la dicha ermita, y que en adelante se continuase el culto dado hasta entonces por los fieles. En cumplimiento de este decreto se depositaron parte de las reliquias bajo del altar de la espresada capilla, y parte en el antiguo sepulcro; de las que se hizo la traslacion con toda magnificencia en el dia 15 de abril de 1640 con asistencia de todos los pueblos que concurrieron á solemnizar aquel acto: desde cuya época se ha continuado el culto público de la Santa, la que desde los tiempos antiquísimos tuvo grande veneracion en su sepulcro.

SAN ELÍAS, PABLO, É ISIDORO, MÁRTIRES.

Si fué cruel la persecucion que padecieron los cristianos de Córdoba en el reinado de Abderraman, fué mas sangrienta sin comparacion en el de su hijo Mahomat, que le sucedió en el trono: principe verdaderamente cruel, que descubrió desde luego el odio mortal que habia mamado con la leche contra los fieles inocentes. En el mismo dia de su coronacion mandó despedir de su palacio á todos los cristianos que sirvieron á su padre, privándoles de los sueldos que gozaban á título de criados de la casa real, y puso en sus empleos á personas infieles poseídas de sus diabólicas intenciones; pero no satisfecho con esto, dió orden para que se demoviesen las iglesias, que se habian edificado despues que entraron los moros en España, y cargó á los cristianos insoportables tributos, los que se cobraban con tanta vio-

lencia, que mas parecia robarles de sus bienes, que exigirles las reales contribuciones. De aquí resultó, que no pudiendo algunos fieles débiles sufrir el yugo de aquella dura opresion, que apenas les dejaba respirar, compraron la libertad á costa de hacerse esclavos del demonio, acomodándose á la ley, y á las ridículas supersticiones de los agarenos; pero á pesar de tan enormes escesos no faltaron en Córdoba ilustres varones de todos estados, y de todas condiciones, que salieron al campo de la batalla, á hacer frente al enemigo con aquel valor, y con aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo.

Uno de estos esforzados militares de Jesucristo fué Elias, célebre sacerdote natural de la provincia Lusitana hoy Portugal, varon verdaderamente respetable no solo por sus canas, sino por la justificacion de su conducta, al que se unieron para tan gloriosa empresa dos ilustres jóvenes mozárabes, esto es, cristianos mezclados con los árabes, llamados Pablo é Isidoro, ambos oriundos de la misma Córdoba, los que encendidos en los mas vivos deseos de aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, se habian consagrado á Dios en uno de los monasterios de aquella ciudad, donde su vida inculpable servia de ejemplo á todos los religiosos. Aunque los tres eran diferentes en la edad y en la profesion, con todo, unos en la fe y en los piadosos sentimientos, determinaron de comun acuerdo hacer una pública confesion de Jesucristo ante el tribunal de los infieles, condenando á un mismo tiempo la abominable ley de Mahoma, cuyo delito tenian por irremisible los agarenos.

S. Eulogio, que escribió las actas de estos dos ilustres mártires en el libro tercero de su Memorial, no nos dice la causa que les movió para una resolucion tan generosa, ó bien porque en aquel documento solo recopiló los gloriosos triunfos de los que padecieron por la fe en Córdoba; ó bien porque su ánimo era escribir mas despacio las actas despues que cesase el furor de la tempestad, cuyo tiempo no tuvo por haber fallecido en ella; ó bien porque siendo el mayor elogio de un cristiano el martirio, le pareció suficiente, que con este testimonio se daba el mas auténtico de todos cuantos pudiese recomendar la vida de los profesores de la religion cristiana.

Sea el motivo el que fuese, es lo cierto que Elias, Pablo é Isidoro pusieron en ejecucion su nobilísimo pensamiento, á pesar de las rigorosas prohibiciones mahometanas: confesaron públicamente á Jesucristo, declararon contra el falso Mahoma, y contra las ridículas patrañas de su ley, haciendo ver á los árabes que perecian irremisiblemente, dejándose conducir por las

necesidades de su Alcoran. No necesitaban los moros de una confesion tan solemne para proceder contra los cristianos, á quienes miraban como enemigos capitales de su secta; y graduando aquel zeloso acto por uno de los delitos mas enormes, se arrojaron llenos de furor sobre los tres héroes, y sin dar tiempo para que se formasen los procesos judiciales acostumbrados en semejantes casos, los decapitaron precipitadamente en el dia 17 de abril del año 856. No satisfechos los bárbaros con este castigo, clavaron en tres palos los cuerpos de los tres mártires á la vista de la ciudad, para aterrar á los fieles con aquel afrentoso espectáculo; y pasados algunos dias los arrojaron al rio Guadalquivir, con el perverso intento de que en tiempo alguno pudieran los fieles tributarles la veneracion debida.

La misa es en honra de S. Aniceto, y la oracion la siguiente:

O Dios, que cada año nos consigamos la proteccion de alegras con la solemnidad de tu aquel, cuyo nacimiento al cielo bienaventurado mártir y pon- celebramos. Por nuestro Señor tifice Aniceto; concédenos que Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria, y la misma del dia XIV, pág. 226.

REFLEXIONES.

Luego erramos el camino de la verdad. La consecuencia es legítima y verdadera; el discurso cabal y bien hilado. Pero qué desesperacion es la de un dolor y un arrepentimiento inútil! Para un hombre de vergüenza no hay cosa mas sensible, ni mas ruborosa que haberse engañado. Nunca se reconoce el error sin alguna confusion; pero cuando ha nacido de pura necesidad, de pura simpleza; cuando ha sido únicamente por culpa del que yerra; cuando el desierto conduce á la última desdicha, y esa sin remedio; ¿cuánto distará de la desesperacion el arrepentimiento? No hay suplicio mas cruel que aquel en que sirven de tiranos el entendimiento y el corazon.

Luego nosotros anduvimos errados y descaminados: *Ergo erravimus.* Nosotros, los que tanto nos hacíamos respetar: nosotros, que estábamos reputados por hombres de grande entendimiento, y teníamos lástima de los que iban por el camino real y derecho: nosotros, que éramos los dioses de la tierra, ante cuyo acatamiento todos se encorvaban: nosotros, á quien todo se nos reía, y

coronados de rosas y flores éramos el alma de las fiestas: nosotras, mujeres del mundo, ídolos de la vanidad, almas de la diversion y del placer: nosotros, que hacíamos chacota de las verdades mas terribles de la religion, y juguete de las amenazas del Altísimo: nosotros, que solo éramos cristianos por bien parecer; luego nosotros lo erramos, y lo erramos en el punto decisivo de nuestra suerte eterna. *Ergo erravimus.* Luego no era verdad que aquellos honores tan superficiales, aquellas riquezas tan caducas, aquellos deleites, por la mayor parte tan amargos, podian hacernos felices para siempre: luego no era verdad que aquella vida regalona, ociosa, delicada y licenciosa debia ser envidiable: luego no era verdad que mi estado, mi empleo, mi dignidad, mi carácter, mi nacimiento me daban licencia y algun derecho para no vivir cristianamente.

Imaginaba yo que aquellas mujeres tan circunspectas, tan virtuosas, y tan retiradas, dedicadas enteramente á sus obligaciones caseras, y á ejercicios de virtud y devocion, eran dignas de lástima: parecíame su soledad una especie de prision, y su circunspeccion un suplicio intolerable. Pero engañéme: ellas fueron por donde debían ir; yo fui la loca y la descaminada.

Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam. Locos éramos nosotros y muy insensatos cuando teníamos por necesidad y por insensatez aquella su discretísima vida, puesto que en rigor no hay otra discrecion ni otra verdadera sabiduria que la de los santos. ¿Es por ventura sabiduria y discrecion caminar á tientas, sin saber adonde se camina? ¿es sabiduria y discrecion caer atolondradamente en los lazos del enemigo? ¿es sabiduria y discrecion correr tras de un poco de humo, y cuando mas tras de un fuego fatuo? ¿es sabiduria y discrecion poner á peligro la salvacion eterna, aturdirse uno en sus mismos descaminos, y trabajar con todas sus fuerzas en su propia ruina? Pues esta es nuestra conducta. Juzguemos ahora cuál será nuestra discrecion y nuestra sabiduria.

Pero nos arrastró el amor de los deleites: otra prueba de nuestra insigne locura: *Lassati sumus in via iniquitatis.* Fatigámonos á puro andar por el camino de la maldad. ¿Hay camino mas fragoso, mas áspero, ni mas penoso que el nuestro? Siendo presa infeliz de todas las pasiones, blanco de toda la malignidad del corazon humano, víctimas de la ambicion, de la concupiscencia y de la envidia, ¿qué mortales inquietudes! ¿qué crueles angustias! ¿qué insufribles tormentos hemos de padecer necesariamente! Una eterna desconfianza, unos sobresaltos cada dia mas sombríos y mas negros, unas pesadumbres, unos disgustos,

unos despiques, que interiormente nos consumen y nos penetran, pero que es preciso disimularlos; unas risas forzadas, unas alegrías artificiosas, pero vanas; unos remordimientos tiranos, una memoria de la muerte que nos asusta y nos estremece. Esta es aquella vida deliciosa de que hacemos tanta ostentacion. Por nuestra desgracia todas estas amarguras son bien fundadas, y todas estas reflexiones arregladas á la verdad. Conocemos el error, nos estremecemos, y nos horrorizamos; pero llega el arrepentimiento cuando ya no hay lugar á la enmienda. Comprende bien toda la amargura y toda la penetrante punta de estas fatales consecuencias.

El Evangelio es del cap. 16 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: De verdad, de verdad os digo que lloraréis, y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará; vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño,

ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que recibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

De la falsa alegría del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la imaginada alegría del mundo no solamente es despreciable, superficial, insulsa, sino que toda ella es una pura simulacion. No hay cosa mas falsa en su origen, no la hay mas inconstante en su duracion, no la hay mas amarga en su fin. Apenas se hallará manantial alguno de alegría mundana que no esté emponzoñado: pocos que no sean malignos: ninguno cuyas aguas sean capaces de satisfacer la sed.

El contentar una pasión, una partida de diversion ó de bulla, una grande y repentina fortuna, el logro de una cosa que se deseó con vehemencia: estas son las causas mas regulares de aquel gustoso movimiento que se experimenta en el alma, á quien se da el nombre de alegría. Por algunos momentos parece que se dilata y se ensancha el corazón; ¿pero esta alegría es muy pura? ¿está el alma muy satisfecha con ella? Juzguemos del efecto

por la causa. Sin serenidad y sin calma no hay alegría verdadera. ¿Y hay mucha calma y mucha serenidad en el corazón de los mundanos? Para que un bien merezca este nombre no basta que agrade: es menester que sea un bien sólido y real, porque sin esto el alma se alegra en falso. ¿Y se encuentran muchos bienes sólidos y reales entre los que causan en el mundo tanta alegría? ¿se halla siquiera uno solo que haga al hombre feliz, y que no le dé fatiga? Las riquezas son unas espinas penetrantes, fecundo manantial de inquietudes, disgustos y sobresaltos. Los gustos son inseparables de mil pesadumbres y remordimientos; y de los ilícitos ninguno hay siquiera que no arrastre una cadena de sustos y de zozobras. Aturda y atolondre el encanto todo cuanto quisiere: alegría que no se funda en la inocencia, es forastera; si la virtud no la alimenta, es achacosa; si es vicioso su principio, es falsa. Examina ahora si hay mucha alegría en el mundo. Bastaría su misma inconstancia para tenerla por vana. Hay pocas risas que no sean afectadas; apenas se sabe reir en él sino que sea por estudio. Aquellos que se llaman desahogos del corazón, como son tan violentos, no pueden ser duraderos. Hablando con toda propiedad, los asomos de la alegría mundana no son mas que apariciones; si se apodera del corazón, no está lejos la tristeza, ó por mejor decir, ésta jamás se aleja mucho, ni aun enteramente le desocupa: si muchas veces desaparece, no es mas que á los ojos del que mira: de aquí proviene, que las pendencias, las riñas, y los mayores escesos del furor suelen nacer, digámoslo así, en el mismo regazo de esa falsa alegría. Alegría mundana, alegría artificial, alegría postiza, vano fantasma de alegría. No es menester mas que un poco de entendimiento para conocerlo así. ¡Ah buen Dios! ¿cuando dareis al mundo el entendimiento y la religion que baste para que destierre de sí un error tan universal? ¿cuando dejará de engañarnos, y cuando dejaremos nosotros de apacentarnos con él?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la alegría mundana se puede comparar á aquellos árboles siempre verdes, y siempre floridos, que puramente sirven de adorno á los jardines, y cuyo fruto, por lo comun, es muy amargo. Esas alegrías de bulla y de tumulto, esas fiestas brillantes, esos saraos, esas mesas de juego, de banquetes y de diversion aun suelen costar mas al corazón que á la bolsa: á ésta la dejan vacía, pero á aquél cómo le dejan!

¿Hay fiesta, hay diversion, hay alegría del mundo sin inquietud, sin envidias, sin zelos y sin zozobras? Por algun tiem-

po como que suspenden ó entorpecen el sentimiento la disipacion y el tumulto; pero dura poco esta calma. Caen las flores en el suelo, y queda en el fruto la amargura: los remordimientos punzan, los sinsabores despedazan: la envidia, el odio, el miedo, el sobresalto, y otras cien pasiones hacen pagar bien caras aquellas gotas de dulzura, que el mundo nos vendió á tan alto precio. Algunos intervalos lograste de estos gustos, de estas alegrías tan ponderadas: ¿y qué te quedó de ellas? ¿qué queda en la cuaresma de las diversiones y de las bullas del carnaval? remordimientos y arrepentimientos; pero aun éstos pueden ser frutos saludables. Escozores, disgustos, amarguras son las reliquias que quedan mas comunmente. A aquellas personas del mundo, que ya por su edad, ó por sus achaques, están desterradas de sus diversiones y de sus gustos, ¿qué les queda de los que en su tiempo tuvieron? Aquel pobre moribundo, ¿qué sacó de lo que se holgó? Acaso la enfermedad que le lleva á la sepultura, un color pálido, y lágrimas amargas. ¿Consolaránle mucho en aquel postrer momento unas alegrías, borradas de la memoria para el gusto, y solo impresas en ella para el dolor? Pero ¿y qué les ha quedado de todas las fiestas mundanas á aquellos infelices condenados, que despues de su muerte están ardiendo ya en las llamas eternas? Si en aquellas alegrías se hallaba algun bien real y verdadero; si eran digno objeto de una noble ambicion; si merecian nuestras ansias; si nos eran lícitas y permitidas, ¿por qué nos dejaron tan crueles, tan amargos dolores? ¿por qué tan justos arrepentimientos?

¡Oh mi Dios, y qué advertidos, qué discretos fueron los santos en mirar todas esas alegrías, ó como ilusiones, ó como relámpagos, que por lo comun vienen acompañados de rayos y tempestades! Bien persuadido estoy yo á esta misma verdad: bien conozco todo el veneno de este error; ¡y en medio de esto todavía suspiraré por este vano fantasma! Haced, Señor, que descubriendo bien la falsedad de esta aparente alegría, conozca todo el mérito, todo el valor de aquella saludable tristeza, que es la herencia de los escogidos, y siempre se sigue á ella la eterna felicidad. Amen.

JACULATORIAS. — Bienaventurado aquel que no se deja llevar de vanidades y locuras. (*Psalm. 39.*)

Siempre tuve á la risa por necedad, y á la alegría mundana por engaño. (*Ecles. 2.*)

PROPOSITOS.

1 Lleno esta el mundo de brillantes aparentes; pero ninguna da tanto en los ojos como aquella falsa alegría de que hace tanta ostentacion. Siempre se rie en él por artificio, siempre con hipocresía. ¡Cosa estraña! siendo la alegría el barniz de todas las diversiones del mundo, en ninguna parte hay tanta melancolía, tanta tristeza, tanta zozobra como en el corazon de los que parecen mas alegres. Ellos mismos lo confiesan así, y no es menester otra prueba que su misma conducta. Aquel aire des- embarazado y risueño, aquellas frecuentes llamaradas ó evaporaciones del corazon, aquella festividad de profesion, es una máscara que encubre mil congojosos cuidados, es un disfraz que procura ocultar á nuestros ojos un corazon atestado de tristeza. ¿Y todo esto será muy inocente? Toma hoy mismo la resolucion. Primero: De no intervenir jamás en esas peligrosas partidas de diversion, de no asistir á esas fiestas mundanas, en las cuales corre tanto peligro la inocencia, ni aparecer por ningun pretesto en el baile, en la casa del juego, ni en los espectáculos. Segundo: De no permitir que tus hijos y dependientes concurran á semejantes lugares, de que debe voluntariamente desterrarse todo cristiano. Tercero: De no perder ocasion de descubrir á los otros, especialmente á tus hijos y familia, el veneno de esas alegrías. ¡Qué mayor crueldad que ver el fuego, la ponzoña y los lazos que el enemigo arma en todas partes, y no hablar una palabra! Grita eternamente contra estas fatales ilusiones.

2 Nunca puede haber razon para hartarse de veneno, con pretesto de que es grato al paladar, y que despues se tomarán preservativos. Mira como ponzoñosas todas esas alegrías mundanas; y anda con mucho cuidado aun en las diversiones que parecen mas lícitas y mas inocentes. Acuérdate que ni la atencion, ni la urbanidad han de ser en perjuicio de la salvacion. ¿Tienes que hacer una visita, que concurrir á un sarao? prevente antes con el contraveneno á los pies de tu crucifijo. ¿No te puedes excusar de asistir á una boda, de salir por unos dias á una casa de campo? lleva siempre contigo el pensamiento de la muerte, porque no hay remedio mas eficaz para desvanecer los mas peligrosos atractivos. Siempre que se rie, se representa una comedia; y si no, cuando veas alguna persona muy alegre y muy divertida, acuérdate como estará á la hora de la muerte.